

[SERMON DE DEDICACIÓN.]

PREFACIO DE JOANNIS CHRYSOSTOMI TROMBELLI AL SIGUIENTE SERMON.

A los demás deberes de humanidad y benevolencia, con los cuales los RR. PP. DD. Juan Gualberto Beccari y Felipe de la Torre, ilustres prelados de la Congregación de Casina, me colmaron mientras residía en Florencia, quisieron añadir también esto: que, sabiendo que buscaba escritos inéditos de los Padres para divulgarlos, me enviaran un sermón atribuido a San Hilario de Poitiers, encontrado en la célebre biblioteca de su monasterio, cuidadosamente transcrito por el doctísimo Padre D. Pedro Luis Galletti, lector de Filosofía y destacado en la literatura antigua, a la cual se dedica con gran empeño. Inmediatamente supe que este sermón no podía ser atribuido a Hilario de Poitiers, ya que el estilo del lenguaje, muy alejado del que Hilario de Poitiers sigue, lo desmentía. Pero ignoraba a quién atribuirlo. Mientras revisaba la Biblioteca Concionatoria de Combefis con el fin de averiguar si este sermón había sido publicado o no, descubrí que efectivamente había sido publicado y atribuido a Beda, aunque con algunas frases añadidas y modificadas; ya sea para acomodar el sermón al pasaje del Evangelio que se le antepone en esa edición, o para explicar más ampliamente la analogía entre el templo judío y la Iglesia cristiana: lo cual parece restar algo a la pureza y belleza del sermón. Por lo tanto, decidí publicarlo tal como lo tiene el códice florentino mencionado. Pero ya que lo despojo de Hilario de Poitiers, si deseas atribuirlo a otro Hilario (lo cual por mí está permitido), atribúyelo a Hilario de Arlés, a quien sabemos con certeza que erigió templos sagrados y, por lo tanto, los dedicó, y recitó no pocos sermones al pueblo; también sabemos que solía citar lugares de las Escrituras de la interpretación vulgar, que ciertamente utiliza el autor de este sermón. Y esta conjetura y sospecha mía es muy favorecida por el estilo de Hilario de Arlés, que no es muy diferente al de este sermón. Pero a quienquiera que se atribuya finalmente este sermón, es sin duda loable y, sin duda, antiguo, por lo que merece recuperar su forma antigua y candor original.

SERMON DEL B. HILARIO SOBRE LA DEDICACIÓN DE LA IGLESIA COMPUESTO EN POITIERS EN LA IGLESIA CONSAGRADA ALLÍ. (C,G)*

Porque con la Deidad propicia, Hermanos Carísimos, celebramos las solemnidades de la dedicación de la Iglesia, debemos congraciarnos con la solemnidad que celebramos, de modo que así como hemos adornado con esmero las paredes de la misma Iglesia, encendido numerosas luces, ampliado el número de lecturas, añadido la melodía de los Salmos, y pasado la noche con vigiliias alegres según la costumbre; así también decoremos siempre los interiores de nuestros corazones con los ornamentos necesarios de buenas obras. Que siempre en nosotros crezca la llama de la piedad divina y de la caridad fraterna; que siempre en el santuario de nuestro pecho resuene la memoria de los preceptos celestiales y la dulce alabanza angélica. Estos son los frutos del buen árbol, este es el tesoro del buen corazón, estos son los fundamentos del sabio Arquitecto, que la lectura del Santo Evangelio de hoy nos encomienda, para que no tengamos solo la forma, sino más bien la virtud de la piedad: lo cual también la historia mística del antiguo instrumento insinúa diligentemente, cuando Moisés construyó el tabernáculo o Salomón el templo en tipo de la Santa Iglesia; pues se refiere que ambas casas fueron firmemente fundadas: el Tabernáculo, que tenía paredes compactas de tablas sobre bases de plata, y el templo sobre piedras cuadradas puestas en el fundamento. También las maderas eran imputrescibles, de las cuales todo el Tabernáculo estaba hecho, y el Templo adornado por dentro y cubierto por encima brillaba. También sacaban del buen tesoro el mejor oro, con el cual se vestían las paredes por dentro y por fuera, no solo las paredes del Templo, sino también los techos, vigas, puertas, postes y pavimentos estaban cubiertos. Pero también los vasos o utensilios de ambas casas eran casi todos de oro, y no se

permitía hacerlos sino de oro purísimo. También se ordenaba que los frutos de los árboles, que se ofrecían en la casa del Señor, fueran purísimos y exquisitos. Esto es, de la Vid, del Olivo, del Incienso, de la Mirra, o del Estacte, y de otras cosas semejantes: las cuales, entendidas espiritualmente, anuncian la verdadera sinceridad de nuestra Fe y operación. Pues ambas casas, como hemos dicho, prefiguran la figura de la Iglesia Universal. Y no debe parecer incongruente a nadie que dos casas del Señor hayan sido hechas en misterio, cuando ningún fiel duda que la Iglesia es una casa de Cristo. Pues dos casas fueron construidas por la significación de ambos pueblos que vendrían a la misma Fe, a saber, el judío y el gentil. Por lo cual bien el Tabernáculo fue construido solo por el pueblo judío en el desierto. Pero la estructura del Templo fue completada con devota fe por los prosélitos y los extranjeros de entre los gentiles que entonces podían encontrarse en el pueblo. Pero también el poderosísimo Rey de Tiro, contratado por Salomón, ayudó gratamente con artesanos y maderas, porque antes de la encarnación del Señor, Dios era conocido solo en Judea. Pero después que Él, en la carne en la que nació y padeció, resucitó de entre los muertos y fue exaltado sobre los cielos, la gloria de su nombre resplandeció sobre toda la tierra, y el universo entero acudió a la edificación de esa casa, y recibió de Él la promesa de dones celestiales. La Escritura narra, pues, que el Rey Salomón ordenó que se tomaran grandes piedras para los cimientos del Templo, y que se cuadraran. Las grandes piedras preciosas, que colocadas en el fundamento soportan todo el peso del Templo que se les superpone, insinúan a los eximios Doctores de la santa Iglesia, grandes en la excelencia de los méritos, preciosos en la claridad de los signos, que al escuchar la palabra del mismo Señor engendraron toda la estructura de la Iglesia creciente con su predicación. A estos mismos piedras el Rey ordenó cuadrar, para señalar que los maestros de la Iglesia deben ser compuestos en costumbres e inmóviles en ánimo. Pues así como el cuadrado, a donde quiera que se gire, permanece, así la vida de los perfectos, que está dirigida cuidadosamente a la línea de la verdad, no sabe ser derribada de su estabilidad por ningún impulso de tentaciones. Pero el Templo de Dios estaba construido con mármol de Paros, que es, piedra blanca, para expresar la blancura de la castidad eclesiástica, de la cual en el Cantar de los Cantares el Señor dice: Como un lirio entre espinas, así es mi amiga entre las hijas. Tenía el mismo 60 codos de longitud, 30 codos de anchura, 40 codos de altura. La longitud del Templo, por tanto, designa la fe de la santa Iglesia, por la cual soporta pacientemente entre sus buenas obras las adversidades de los malvados: la anchura, la caridad, por la cual se extiende internamente por las entrañas de la piedad: la altura, la esperanza, por la cual, debido a las buenas obras que operan por caridad, esperan las recompensas de la vida celestial. Y bien la longitud es de 60 codos. Pues el número seis suele designar la perfección de las buenas obras, porque también Dios hizo el ornamento del mundo en seis días; y hay seis edades de este siglo, en las cuales la santa Iglesia se esfuerza con piadosas acciones por el descanso eterno. Bien son 20 codos de anchura, porque el precepto de la caridad es doble, ya que la Iglesia se dilata en la tribulación, cuando cada perfecto debe amar al Creador con todo su corazón, toda su alma, toda su fuerza, y al prójimo como a sí mismo. Bien son 30 codos de altura, porque toda la esperanza de los Elegidos se apresura, ejercitándose y purificándose, hacia la visión de la santa Trinidad. Es de notar ciertamente que los 30 codos de altura no llegaban hasta el ápice supremo del templo, sino hasta los techos del templo, luego otros 30 codos de altura se elevaban hasta los techos del tabernáculo medio. Por otra parte, el cenáculo terrenal, que estaba encima, tenía 60 de anchura, y así toda la altura de la casa estaba extendida en 120 codos. La primera casa, por tanto, se eleva 30 codos en altura, porque la Iglesia presente se suspende con toda intención para ver la apariencia de la Santa Trinidad. La casa superior se eleva igualmente 30 codos en altura, porque las almas de los perfectos, liberadas de los cuerpos, disfrutaban de la visión presente de la misma bienaventurada e indivisa Trinidad hasta el día del juicio universal. La casa suprema es alta en dos veces treinta codos, porque todos los elegidos resucitados de

entre los muertos gozarán de la contemplación de su mismo Creador, que es un solo Dios en tres personas, con la inmortalidad eterna del espíritu y de la carne al mismo tiempo. Se hizo el muro medio en el templo de tablas de cedro de 20 codos de altura, que dividía el oráculo en el Santo de los Santos; desde la parte anterior del templo tenía 20 codos de longitud, y 20 codos de anchura, y 20 codos de altura. Pero el mismo templo delante de las puertas del oráculo era de 15 codos, en el cual estaban las mesas y el candelabro de oro. Pero también el altar de oro cerca de la puerta del Oráculo, para que el vapor del incienso quemado en él cubriera el oráculo, donde estaba el arca del Testamento, sobre la cual estaban los querubines de la gloria cubriendo el Propiciatorio. La primera casa, por tanto, designa el estado de la Iglesia anterior: la interior, la entrada a la vida celestial. Por lo cual correctamente se hicieron mesas y candelabros en la primera, porque en esta vida necesitamos la luz de las santas Escrituras y el sustento de los sacramentos celestiales: pero en el futuro no necesitaremos tales ayudas, donde según la voz del salmista, quienes aparezcan con justicia, se saciarán con la manifiesta gloria del Señor. En esta vida, por tanto, los corazones de los justos, como un altar de incienso de oro, resplandecen por la limpieza de la santidad. Están llenos de aromas de deseos espirituales, arden con el fuego del amor continuo, y como colocados en la entrada celestial emiten el suavísimo vapor de su oración entre los santos de los santos superiores, donde está Cristo sentado a la derecha de Dios, a quien claramente designa el arca del Testamento, que estaba dentro del velo; en la cual estaba la urna de oro que contenía el maná, y la vara de Aarón que había florecido, y las tablas del testamento. Pues el Arca misma designa la naturaleza de su humanidad; la urna del maná, la plenitud de su divinidad; la vara de Aarón, la potencia inviolable de su sacerdocio; las tablas del testamento designan que Él es quien estableció la ley, y quien también dará la bendición a quienes cumplen la ley. Bien, pues, el Templo delante de las puertas del Oráculo era de 15 codos de longitud, porque aún en esta vida es necesario ser castigados con ayunos y continencia, para que podamos llegar a la saciedad de la dulzura interna; pues este número se entiende que señala la castidad de la vida presente, como entiende cualquiera que comprenda correctamente el ayuno de cuarenta días de Moisés, o de Elías, o del mismo Señor. Bien el Oráculo mismo, en el cual estaba el Arca, que estaba cubierta por los querubines de la gloria, tenía 20 codos de longitud, anchura y altura, número que, como hemos dicho, insinúa la perfección del doble amor, porque todo lo que se lleva a cabo en esta peregrinación por Dios, todo esto en aquella mansión de la patria eterna, donde su magnificencia es sostenida por la continua alabanza de los buenos espíritus, se perfecciona en la sola amplitud del amor. Estas cosas, carísimos, en el gozo de nuestra fiesta presente, nos ha placido exponer a vuestra fraternidad algunas de las muchas sobre la construcción del templo, para que la admirable estructura de la casa terrenal deleite a los oyentes, y esta misma, entendida espiritualmente, eleve más ardientemente nuestras mentes al amor de la morada celestial. Pero también, habiendo expuesto ahora esta dedicación, y seguida la festividad, así concluyó la Escritura (III Reyes VIII, 66): Y Salomón despidió al pueblo, que bendiciendo al Rey se fue a sus tiendas, gozosos y con corazón alegre por todos los bienes que el Señor había hecho a David su siervo, y a Israel su pueblo: Porque el Señor, habiendo cumplido la obra de la redención, enviará a sus elegidos a las tiendas eternas gozosos; no los alejará más de su presencia, sino que, enviándolos desde el juicio que sabemos que se hará en el aire, según enseña el Apóstol (I Tes. IV, 16), a la morada de la Patria celestial, para que cada uno reciba según sus méritos la prometida sede del reino celestial. Bien se dice, pues, que bendiciendo al Rey se fueron a sus tiendas, porque esta es ciertamente la única ocupación más tranquila y fiel de los ciudadanos celestiales, cantar himnos de gracias a su Creador: de aquí está escrito (Sal. LXXXIII, 5): Bienaventurados los que habitan en tu casa, por los siglos de los siglos te alabarán: gozosos en el tiempo, y con corazón alegre por todos los bienes que el Señor había hecho a David su siervo, y a Israel su pueblo. Gozosos, en efecto, los justos sobre los bienes que reciben del Señor, entran en las

tiendas de las mansiones celestiales, porque aunque los trabajos de este siglo sean graves, aunque sean largos, breve y leve es ciertamente todo lo que termina en la eterna bienaventuranza. Por lo cual es necesario, Carísimos, que en la edificación de la Casa de Dios cada uno de nosotros, exhortando, suplicando, reprendiendo, y él mismo esforzándose con piadosas acciones, insista cuanto pueda, no sea que si el Rey celestial ve ahora a alguno ocioso en la obra de su templo, lo deje en el tiempo de la futura dedicación, fuera de su gran solemnidad. Esforcémonos con la ayuda mutua de la caridad, para que todos vosotros, encontrándoos con corazón alegre e incansables en las obras que Él ha mandado, os introduzca a todos en las recompensas que ha prometido, de su visión perpetua, Jesucristo nuestro Señor, que vive y reina con el Padre Dios en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.